

# Transgresiones de la sensibilidad

## Tres pares de ojos



de los tres primos llegados recientemente de provincias, entusiasmados y ansiosos por incorporarse al frenético ritmo vital de la ciudad hasta el extremo de — sin siquiera aguardar a



ponerse un poquito al día y aprender aunque sólo fuera unas cuantas normas generales de conducta y las reglas más básicas del funcionamiento de nuestra comunidad — secundar **el ambicioso proyecto que, llevado de su osadía, tenía el insigne honor de haber auspiciado Felipe el tercero**, ofreciéndose a

«nosotros, de verdad y con el corazón en la mano os lo decimos, nos podéis encomendar lo que queráis porque estamos dispuestos a lo que haga falta».

Que se veía claramente — o lo veía al menos y con el alma en vilo una Genoveva temerosa de que aquellos mocosos ignorantes de que las cosas hay que hacerlas con método y desconocedores, además, de quién era ella, tirasen, de un solo golpe pero certero, literalmente a la basura la ardua labor a la que llevaba años y aun lustros o siglos sacrificando gustosa su existencia — que en verdad lo decían con el corazón en la mano, el mayor sobre todo y en concreto, que lo había cogido de encima de la cómoda y, la abuela «¡Pero quitárselo que me lo va a romper!», pasándoselo el chico de una mano a la otra; su «mi corazón de Jesús de toda la vida» y de porcelana además, que era.

Porque Genoveva era, aparte de como el tío Emiliano tan comedido no hubiese dicho jamás salvo por boca de Gervasio *¡mucha Genoveva la jodía!* la encargada de mantener en orden y minuciosa, rigurosamente secuenciada — que sí lo habría dicho el tío Emiliano — no ya sólo nuestra historia de gentes acostumbradas a moverse con soltura por las calles asfaltadas y con sus aceras y sus coches y sus letreros luminosos de nuestras ciudades, a paso vivo por lo general y sabiendo cada cual dónde iba, sino las historias — de otras gentes deambulando a oscuras por populósísimas urbes muy lejanas, asustadas de sentirse tan perdidas y sin tener a quién pedir que aunque fuese con unas indicaciones muy someras los orientase hacia alguna parte — que solían desembocar en finales felices cuando, al encontrarse nuevamente y abrazarse unos con otros embargados

# Transgresiones de la sensibilidad

## Tres pares de ojos

por el júbilo aunque estuvieran hambrientos y de polvo o barro hasta las cejas, se asomaba Teresa por la ventana de la cocina dando voces de que hicieran el favor de entrar y lavarse las manos porque la cena se empezaba a quedar fría y, luego ya sentados todos a la mesa, los padres, severos por lo general o preocupados, tan sólo, por los índices bursátiles, ¿dónde habéis estado que habéis tenido en un sinvivir a vuestras madres toda la tarde?

Lanzaban ellos entonces a hurtadillas, por los rabillos de los ojos, miradas suplicantes a Genoveva en demanda de *Genoveva, por favor, dinos dónde para que podamos zanjar este engorroso asunto antes de llegar a los postres.*

Y que qué trabajo le podía costar a ella dar respuesta a algo que era tan el pan suyo del cada día de su vida cotidiana.

—Pero un pan que he de ganarme — solía replicar, echando cuentas entre bisbiseos cuando le tocaba ir reduciendo de a poquitos los puntos necesarios para sisar en condiciones y que luego sentasen bien las mangas — no con el sudor de mi frente sino con los quebraderos de cabeza que me dais yéndoos por ahí sin ni avisarme, a sitios que no he podido ubicar ni urbanizar ni decorar ni poblar porque no he tenido materialmente tiempo de ni medio bosquejar ni a sus habitantes ni a su lengua ni a sus costumbres ni a su nada...

Así que, que se fastidiasen y, a la próxima, anduviesen con un poquito más de cuidado de no tocarle las narices porque la tenían muy, pero que muy harta.



La hermana decía entonces “no sé, Alicia; pero a mí me parece que no hay rabillo de ojo alguno que pueda decir, así de un tirón, un párrafo tan largo” y era, esto precisamente — o no “esto” exactamente, pero sí el proyecto, “la empresa” a la que se había adherido con desgana en un principio pero luego, a la vista del desconcierto reinante y de las posibilidades que ofrecía a unos planes que jamás antes hubiera ella imaginado siquiera el poder ni remotamente bosquejar, con decidida aversión —, lo que tenía a Bernardina entusiasmada, enloquecida casi de felicidad ante la idea de que, al fin, ella, como todo el mundo, tendría un pasado, y una **historia** y una **identidad** que ella, Alicia, podría confeccionar si no a su antojo si por lo menos a medida y bien sentada (la **primera**, o ya vería sobre la marcha si una vez hilvanada le tenía más

# Transgresiones de la sensibilidad

## Tres pares de ojos

cuenta la segunda) o, en otro orden, perfectamente definida (la **segunda**, como es lógico) aunque, porque con esa posibilidad tenía que contar en todo momento considerando — como estaba firmemente decidida a considerar si era capaz de concentrarse en cualquiera de los puntos de encuentro en que todo el mundo se concentra — lo borrega que puede ser la gente, no se aviniesen, ni la **una** ni la **otra** ni en su fondo ni en su forma ni en sus aderezos ni en el fin (aunque esto nada más en última instancia) al que fueran a ser destinadas, **a aplicarse a lo que a ella personalmente más le gustase.**